

THÉMATA. REVISTA DE FILOSOFÍA. Núm. 39, 2007.

LITERATURA, Y ANTROPOLOGÍA: CONRAD DESCRIBE LA COLONIZACIÓN EUROPEA EN ÁFRICA.

Miquel Àngel Martínez i Martínez. Universidad de Valencia.

Resumen. En el siguiente texto, se trata de exponer brevemente la imagen del ser humano que se desprende de la lectura de *El corazón de las tinieblas* de Joseph Conrad. Así, y siguiendo las directrices saidianas de la lectura en clave *contrapuntística*, el análisis antropológico apunta en dos direcciones: en primer lugar, la imagen deteriorada de un ser humano afectado por la brutalidad y la mentira derivadas de la ocupación colonial europea en el Congo belga; en segundo lugar, la posibilidad siempre presente de superar esta situación negativa mediante un esfuerzo profundo de comprensión. Al fin y al cabo, un juego de luces y sombras omnipresente en el relato.

Abstract. In the following text, the objective is to briefly explain the image of human being's which comes from the reading of Joseph Conrad's *The heart of darkness*. Therefore, and following the saidian rules for a *counterpoint* lecture, our anthropological study points two ways: on the one hand, the damaged image of a human being affected by brutality and lie which come from european colonial occupation of belgian Congo; on the other hand, the everlasting chance of passing through this negative situation by a huge comprehension effort. In the end, an omnipresent light-and-shadow fight.

Desde su pequeña obra de arte, este magnífico relato breve que es *El corazón de las tinieblas*, Joseph Conrad muestra un ser humano desorientado y falaz, confuso y perdido en la espiral de sus propias bajezas, que transita una y otra vez de la luz a la oscuridad y viceversa. Aunque quizá, bajo el halo de esta crítica en un principio desoladora, subyace una cuestión todavía más pujante: la posibilidad de *redención*, de superación del estado negativo de incompreensión mutua y poca calidad moral.

En efecto, el relato empieza y acaba ataviado con los harapos de la mentira, y continua desarrollándose entre una dialéctica problemática que pone a buena parte de la humanidad bajo la bota mediocre de la otra parte. Pero al mismo tiempo, pugna por mostrar pequeñas dosis de nobleza y autenticidad, la posibilidad de fondo – o más bien una gran fe – en un progreso real para la humanidad en su conjunto, así como la insinuación de una igualdad fundamental que, de nuevo, remienda el maltrecho esquema de luz y tinieblas.

Vayamos por partes. *El corazón de las tinieblas* es una narración escrita a finales del XIX que cuenta las aventuras de Marlow, marino inglés que se embarca en la empresa colonial belga remontando el río Congo. En buena parte autobiográfica, puesto que Conrad realizó una travesía muy parecida, debe algunas claves interpretativas a este contexto de realización: la admiración del autor por la metrópoli imperial de acogida, Inglaterra, así como la exposición crítica de aquel que ha sufrido el exilio, pues Conrad nace en Ucrania, de padres polacos, y no pierde por completo esta condición de expatriado.

Desde estos presupuestos iniciales, hay dos aspectos que, bajo mi lectura, destacan en la obra. En primer lugar, la descripción de la relación conflictiva que supone el *encuentro* forzado entre los colonos europeos y el nativo africano. Relación que el autor describe de manera magistral con un juego continuo de luces y sombras¹. En segundo lugar, la denuncia enérgica de la mentira que supone la empresa llevada a cabo por la compañía comercial belga, un hurto masivo disimulado bajo el manto grandilocuente de la civilización y el progreso. Estos dos aspectos, desarrollados convenientemente, nos ayudarán a desmenuzar la descripción del ser humano que he señalado en un principio como imagen que se desprende de la obra.

Por lo que hace a la última de estas dos cuestiones, el protagonista empieza a

¹ Para esta lectura me he basado en la interpretación que E. Said realiza en su obra E.Said, *Cultura e imperialismo*, Editorial Anagrama, Barcelona, 2004, pp. 56-73.

observar pronto el espectáculo rocambolesco que ofrece la misión belga en tierras africanas: construcciones y obras que no existen en la realidad, como la vía de tren fantasma que aparenta construirse en el campamento, y que se representan como una farsa sin ningún tipo de resultado práctico y real. E incluso antes de partir, cuando todavía se encuentra en ese “sepulcro blanqueado”² que es Bruselas, atónito ante el proceder de los empleados de la compañía y hasta molesto por las manadas de gente que recorren las calles bajo la ceguera total de sus negocios particulares. Una sensación que no se acaba en todo el viaje. Recordemos sólo dos imágenes: el barco francés que dispara en medio de la nada, allí donde dice reconocer “enemigos”, una afirmación que deja notablemente contrariado al protagonista; y el conjunto de nombres que los colonos han aplicado a las poblaciones nativas africanas, como Gran Bassam o Little Popo, “nombres que parecían pertenecer a alguna sórdida farsa ante un telón siniestro”³.

Así pues, Marlow no esconde la sensación de falsedad que le produce todo el entramado que observa. Lejos de suponer un hito para la ciencia o el progreso, justificaciones comunes que el protagonista va recibiendo en su camino, la empresa responde a un interés comercial y lucrativo: no en vano el vapor de Marlow desembarca sin parar soldados y empleados de aduanas, esto es, el establecimiento de una autoridad militar y territorial sobre la zona que habrá de permitir una estructura de explotación económica.

Asimismo, las razones de fondo de aquellos que el marino encuentra a su paso son siempre las mismas: el enriquecimiento personal, aprovechando una situación de anomia, mediante el comercio del marfil que ofrece la zona.

Este es uno de los verdaderos quebraderos de cabeza del protagonista. La mentira constante en boca de montones de gente mediocre, incapaces de alcanzar un ápice de los bellos ideales que dicen representar. El aliento fétido de un cadáver, como lo describe el mismo protagonista, que parece desprender más cantidad de vergüenza que la muerte misma. Una especie de atentado para el carácter mesurado de Marlow, que puede soportar – e incluso admirar en cierta manera – a Kurtz, el enigmático personaje de la estación central que ha rodeado su casa con cabezas de los nativos clavadas en estacas, pero que no es capaz de aguantar al fabricante de ladrillos, interesado solamente en aquello que pueda conllevarle un provecho propio, sin ningún tipo de remordimiento moral.

Con esto nos acercamos a una de las cuestiones centrales. Conrad nos lo recuerda abriendo y cerrando el relato entre la mentira, con la última declaración de Marlow ante la prometida de Kurtz, donde se ve casi obligado a decir que las últimas palabras del comerciante moribundo fueron el nombre de la mujer. Si bien, como ya se apuntó, entretanto nos ha ofrecido el sabor pasajero de la *verdad* como pequeña muestra de aquello que podría ser: Kurtz muere maldiciendo todo aquello que le rodea, el horror de una colección de ideales maltrechos y degenerados. Y Marlow ya ha dejado claro que no participa de la falsedad que observa: en referencia a este último grito de condena que profiere Kurtz, dirá: “Era una afirmación, una victoria moral pagada con innumerables derrotas, con abominables terrores, con las satisfacciones abominables. ¡Pero era una victoria!”⁴.

Así, el autor deja entreabierta la puerta de la claridad, pues a pesar de que tampoco estos dos personajes han podido escapar definitivamente de la tiniebla, Kurtz parece haber mirado de frente la situación que lo rodea, conjurando la oscuridad y haciendo un esfuerzo por comprender, e incluso enloqueciendo ante la incapacidad de encontrar una salida a la situación; y Marlow, merced a cierto escepticismo lúcido es consciente, al menos, de ser perseguido por este fantasma y, en consecuencia, intenta escapar obsesivamente. Que dos de las pocas personas que reconocen el problema y no sucumben de manera miope al encanto del marfil sean, directa o indirectamente, deudoras de la cultura inglesa, no es, seguramente, fruto de la casualidad.

² J. Conrad, *El corazón de las tinieblas*, Editorial Abraxas, Barcelona, 2002, p. 77.

³ Op. Cit., p.84.

⁴ Op. Cit., p.177.

Asimismo, este reconocimiento sirve, posiblemente, para que el autor emita una crítica notable a toda la empresa colonial, puesto que esta se basa en la fuerza bruta, lejos de los refinamientos que cabría suponer en aquellos que se han autoerigido como emisarios de la civilización, señores de la técnica y el progreso. Ya lo dice el protagonista: “presentí que a la luz deslumbrante del sol de aquel país me llegaría a acostumbrar al demonio blando y pretencioso, de mirada apagada y locura rapaz y despiadada”⁵.

Aunque, de nuevo, el autor no rechaza que el progreso conseguido por el mundo occidental sea provechoso para aquellos que han quedado varados en la noche de los tiempos, para los habitantes de aquella “tierra prehistórica”⁶ que se torna incomprendible. Puede que sea interesante observar una de las figuras descritas: la del fogonero autóctono que se encarga de conservar la caldera del vapor de Marlow. Un “espécimen perfeccionado” que resulta “útil” porque ha sido objeto de un proceso de educación proveniente del lado europeo. Su comportamiento es tan rudimentario, tan ajeno a los avances mínimos del mundo occidental, que el protagonista lo describe de la siguiente manera: “mirarlo era tan edificante como ver a un perro haciendo parodia con calzones y sombrero de plumas, caminando sobre sus patas traseras”⁷.

La distancia que dista entre un personaje y otro no es fútil para el autor, y por esto la remarca: entre una y otra orilla se extiende un provechoso caudal de progreso que no habría que desestimar. Ahora bien, que este progreso haya dado lugar a subproductos indeseables, a “gatos muertos de la civilización”⁸, es otro asunto que, sin embargo, tampoco pasa desapercibido en la novela.

En efecto, la narración muestra un juego continuo de luces y sombras, de claridad y tinieblas, de blancos y negros, de civilización y salvajismo. Una línea limítrofe entre lo cognoscible, por un lado, y lo impenetrable para el entendimiento humano por el otro; una reproducción bastante fiel de buena parte de la tradición cultural y epistemológica occidental.

Sin embargo, en la obra de Conrad dicha delimitación es más compleja: la divisoria que habría de separar las dos regiones bien diferenciadas se difumina, hasta superar el simple esquema que relacionaría Europa con la claridad y África con la oscuridad y el salvajismo. La tiniebla fluctúa de tal manera que parece alcanzar a todos, incluyendo a aquellos que en un principio se presentaban como emisarios de la civilización y las más altas causas⁹.

De modo que el relato transcurre dentro de cierta estructura circular, con el principio y el final envueltos entre las sombras de la desembocadura del Támesis, y navegando, entretanto, en las aguas inescrutables del río Congo.

Una imagen desesperanzadora que muestra, como ya se ha apuntado, a un ser humano acorralado e incapaz de confeccionar una red estable de relaciones en pie de respeto y comprensión. El desconocimiento mutuo que hunde al africano en la oscuridad más absoluta del retraso general y, al mismo tiempo, lleva al europeo a ser el verdugo consciente – e ignorante – de un ser lejano que le resulta totalmente ajeno. Una situación que todavía parece más desoladora si se tiene en cuenta que se repite, que parece convertirse en un laberinto que junta sus puertas de salida y entrada.

⁵ Op. Cit. p.88.

⁶ Idem. p.120.

⁷ Idem. p.122.

⁸ Idem. p.144.

⁹ Es aquí donde destaca la interpretación de Said, la lectura *contrapuntística*: “Ante Conrad nos encontramos frente a un mundo que alternativamente se hace y se deshace (...) la omnipresente oscuridad, que, al final de la historia, se nos muestra igual en Londres y en África”. SAID, *Cultura e imperialismo*, pp.71 y 72.

De la misma manera, la obra muestra multitud de imágenes que justifican esta lectura. Sólo un ejemplo: la pintura de Kurtz, que Marlow encuentra de camino al campamento, una mujer con los ojos vendados y una antorcha prendida en la mano, sobre fondo oscuro. La portadora de la luz, majestuosa y siniestra al mismo tiempo, símbolo del poder colonial que se enfrenta a la tiniebla y es incapaz, asimismo, de escapar al peligro evidente: dejarlo todo reducido a cenizas. El progreso cegado por el ansia de lucro, que puede tener un resultado fatídico.

Y, sin embargo, también podría entenderse que el autor está utilizando esta estructura circular para dar un toque de atención, para dejar constancia de una situación que no habría de volver a repetirse – al menos, en estos términos –¹⁰; en efecto, parece querer avisar que la oscuridad, si nadie lo remedia, está al acecho y pronto volverá, alcanzando incluso a aquellos que se creían a salvo.

El hecho de que, en gran medida, no haya renunciado al esquema clásico ascendente que va del salvajismo a la civilización pondría de relieve esta posibilidad – parcial – de superación. Incluso, otra vez, el hecho de que los principales agentes del desastre y el pillaje sean colonos belgas – o franceses – podría apuntar en esta dirección: la tiniebla planea sobre Europa porque se ha malinterpretado una tarea que en origen podría tener buenos resultados – también comerciales – para un elevado número de gente; de manera que mediante un buen procedimiento, diferente del llevado a cabo hasta ahora, se podría llegar a buen puerto. De hecho, la visión del nativo africano que por momentos parece transmitir la obra (así, en un inmenso grupo informe e indefinido, no exenta de prejuicios) como portador de una especie de verdad natural y salvaje, llevaría a pensar que éste podría suponer un fermento adecuado para el florecimiento de un avance técnico y científico importado pero nada execrable para cualquier parte del mundo.

Así pues, podemos retomar las tesis iniciales. Un ser humano acechado por la imposibilidad de sobresalir en sus relaciones morales, aquejado por un profundo desconocimiento de sí mismo. Una pobreza moral que se resolvería de manera parecida a la problematización establecida por el juego de interrelaciones: mediante un esfuerzo importante de comprensión y conocimiento que la obra no llega a describir pero que, quizá, pueda insinuar. Todo esto sin abandonar una subordinación – crítica y matizada – del africano a los intereses económicos e incluso a los presupuestos culturales del europeo.

En todo caso, la conclusión se mantiene incapaz de salvar las ambigüedades profundas de la novela, los meandros más angostos de las inextricables aguas del relato, así que, tal vez, sólo quede decir, con Marlow, las palabras más prudentes: “Sólo el grosor de un cabello me separó de la última oportunidad de manifestar mis pensamientos, y descubrí, con humillación, que no tenía nada que decir”¹¹.

Miquel Àngel Martínez i Martínez.
Facultad de Filosofía y C.C. de la Educación
Universidad de València
mimarma3@postal.uv.es

¹⁰ Esto recuerda, quizá, a las palabras de M.Kundera en las primeras páginas de *La insoportable levedad del ser*, alrededor de la importancia del retorno en lo referente a las acciones humanas y su valoración crítica: en efecto, la eliminación de la posibilidad de retorno, no sería sino la “circunstancia atenuante que nos impide pronunciar condena alguna”. O lo que es lo mismo, “la profunda perversión moral que va unida a un mundo basado esencialmente en la inexistencia del retorno”. M.Kundera, *La insoportable levedad del ser*, Tusquets Editores, Barcelona, 2005, p.12.

¹¹ Op. Cit. p.176.